

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia 5 de

Febrero de 1891.

Precios de suscripción
 Barcelona un trimestre adelantado una peseta; fuera de Barcelona un año, id. 4 pesetas
 Extranjero y Ultramar un año p. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION
 Plaza del Sol 5, bajos,
 y calle del Cañon 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de suscripción
 En Lérida. Mayor 81, 2.º
 Madrid, Ballesta, 4, principal
 En Alicante, Francisco, 2
 Imprenta.

SUMARIO.—Memorias de una mujer.—Unico puerto.

MEMORIAS DE UNA MUJER.

II.

Antes que todo, debo dar una satisfacción á todas las lectoras de LA LUZ y de otros periódicos espiritistas; que muchas de ellas, esperan *mis memorias* con vivísimo interés y cariñoso afán, algunas hasta se impacientan y me dicen que hago muy mal en no publicarlas semanalmente.

Hasta cierto punto tienen razón, y digo que hasta cierto punto nada mas, por que dice un antiguo adagio "que mas sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la agena."

A mí me ha sucedido lo que les sucede á muchos espíritus que en el espacio piden cruentos dolores para una existencia, y cuando están á la mitad de ella caen abrumados bajo el peso de su cruz y hasta suelen poner fin á sus dias, huyendo de una agonía que parece interminable, muy superior á sus gastadas fuerzas.

Yo nunca habia pensado escribir *mis memorias*, porque huia de la noche de mi pasado para no aumentar las sombras de mi presente, pero el espíritu del Padre German (que tanto bien me ha hecho en esta encarnación,) me dijo hace algunos años lo siguiente:

—“Tienes que dejar una herencia á los pobres de la Tierra.”

—¿Herencia?..... (reliqué con amarga ironía) ¿y qué quieres que deje yo á los pobres? por razón natural moriré en un hospital ó auxiliada por algunas mujeres piadosas, que se verán con grandes apuros para costear la caja que encierre mis restos.

—“La herencia á que yo aludo la puedes dejar de la misma manera sea cual sea el final de tu actual existencia.”

—No te comprendo.

—“Pues nada mas sencillo ni mas fácil de hacer que tu legado. Tú debes dejar escritas tus *memorias*, tú debes decir á las mujeres que lloran lo mucho que tú has llorado; tú les puedes enseñar del modo que encontraste una familia y como en medio del mas horrible aislamiento te creaste amistades verdaderas y admiradores entusiastas; es un deber que tienes que cumplir y lo cumplirás, y despues de cumplido, quedarás satisfecha de tu obra.”

Los años pasaron y aunque nunca olvidaba el consejo del Padre German, mucho mas cuando él me lo recordaba con frecuencia, no me encontraba con valor sufi-

ciente para mirar de frente á mi pasado; que no es necesario haber gemido en una cárcel, ni tener remordimientos recordando grandes crímenes, para temblar ante una série de años pasados en la miseria y en la orfandad, sin ese calor bendito que da vida y esperanza, sin un sér amigo que tome parte en nuestras penas, sin un rincón humilde donde encontrar reposo para el cuerpo y tranquilidad para el alma.

Al fin, la comunicacion de un espíritu amigo me decidió y escribí la introduccion ó sea el prólogo de mis memorias, despues el primer capítulo y luego..... luego me ha faltado valor para seguir escribiendo, porque mi espíritu se humilla, se empequeñece, se anonada recordando lo mucho que ha sufrido, por ser este sufrimiento la prueba evidente de su triste inferioridad, y este convencimiento íntimo de mi pequeñez no me desespera, pero me entristece y me entristece profundamente, porque mido la inmensa distancia que aún me separa de la felicidad, huye de mi espíritu la esperanza, y quisiera que la nada fuera una realidad para dejar de ser, y perderme en el inmenso laboratorio de la naturaleza, no quedando de mi inteligencia dos átomos unidos que recordaran lo que yo habia pensado en la tierra.

Este anonadamiento, este deseo de sepultar mi yo pensante en la disgregacion de todo mi sér, afortunadamente es pasajero; cuando escucho las sensatas comunicaciones de algunos espíritus y veo que una existencia es menos que un átomo perdido en la eternidad, me reanimo y exclamo: Pudiendo recuperar el tiempo perdido no hay más que seguir adelante, y las espinas andando los siglos se convertirán en perfumadas flores; y haciéndome yo misma el pró y el contra he ido pasando los dias sin continuar *mis memorias*, hasta que una noche, no sé si dormida ó despierta, escuché la voz de un espíritu que me dijo con acento de amarga reconvencion:

“¡Qué ingratos sois los terrenales! no recordais más que las desventuras, ¡qué pronto olvidais las horas de placer!... me direis que son breves, ¿pero dejan por esto de haber sonado en el reloj de vuestra vida? no; se borrará de vuestra memoria un segundo de alegría borrado por un año de dolor; pero al sumar en la eternidad los instantes de una existencia, aparecerá el segundo de placer junto á la cifra de un lustro de dolor, sin perder su verdadera importancia aunque se necesite un microscopio de los más perfectos para encontrarle.”

“Te lamentas de tu infortunio, producto de tus desaciertos y de tu atolondramiento en todos los actos de tus existencias anteriores, pero entre tantísimas espinas, ¿no te acuerdas haber encontrado una flor cuya dulcísima fragancia aún embalsama tu vida? ¿No te acuerdas del idilio de tu infancia?... ¿en la aurora de tu actual existencia no contemplas la figura adorable de una mujer que fué el ángel de tu guarda, y que cuanto tiene de racional tu entendimiento todo se lo debes á ella? ¿tan pronto has olvidado que te llevó en sus brazos con más satisfaccion que si llevara al Salvador de un mundo? ¿es posible que ya no la veas velando tu sueño? ¿cuando lees y te entusiasmas con las obras escritas por los grandes génios, no te se ocurre decir: ¡ella me enseñó á leer! ¡ella inculcó en mi mente el amor á la naturaleza! ¡ella me hizo comprender la omnipotencia de Dios!... ¿Acaso no merece tu madre una página en tus *memorias*?”

Al oír estas palabras el llanto del remordimiento bañó mis ojos, y al momento sentí que me abrazaban y murmuraban en mi oído muy quedo: ¡No llores, hija mía!... ¡no llores!...

Como impulsada por una corriente eléctrica me senté en mi lecho sintiendo aún el dulcísimo calor de mi madre, ¡era ella! sí; que al verme llorar acudió á enjugar mis lágrimas.

Aprecié en todo su valor la leccion que me dió el espíritu que me hizo ver mi

ingratitude, y para demostrarle al invisible consejero que deseo cumplir un deber sagrado, diré en este segundo capítulo algo de mi infancia.

Como los que vienen á expiar por regla general no pueden elegir un hogar risueño, mi venida á la tierra no alegró á nadie, ni aún á mi pobre madre, que al unirse con mi padre se unieron los cuerpos, pero no las almas, diversidad de caracteres, distintos gustos y costumbres, opuestas opiniones, algo que no se explica, pero que separa á los seres y que á pesar de poseer el uno y el otro excelentes cualidades, no pudieron conseguir la paz del hogar; mi padre emprendió un largo viaje antes que yo llegara á este mundo, y mi madre llorando sus perdidas ilusiones, lamentando sus desgracias, reflexionando que iba á ser madre sin tener á su lado al elegido de su corazón, preparó mi ajuar cumpliendo con un deber, pero sin sentir esa alegría inefable que sienten las mujeres dichosas cuando esperan á su primer hijo; ella no tenía con quien compartir sus esperanzas, aumentando sus penas el tener á su madre enferma.

Llegué por fin á la tierra, eligiendo la oriental Sevilla, y á los ocho días de estar en ella, antes que mi madre pudiera acariciarme, (pues su mal estado no le permitía darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo) me quedé ciega; los gritos de mi abuela volvieron á mi madre á la vida real y ambas quedaron aterradas, espantadas ante una criatura que había nacido bajo tan tristes auspicios. Durante tres meses hicieron cuanto les fué posible para conseguir mi curación, y al ver que la ciencia era impotente, rogaron á Dios fervorosamente que me concediera un puesto en la gloria, prefiriendo mi muerte antes que verme tan inmensamente desgraciada.

Al fin, un sábio ignorado, un modesto farmacéutico triunfó de mi enfermedad, abrí los ojos y mi madre creyó que veía el cielo.

Desde aquel instante supremo olvidó por completo todas sus desventuras, porque mi madre desde su más tierna infancia había sido inmensamente desgraciada, pero al abrir yo los ojos el cielo se abrió para ella; me quiso como no se quiere en la tierra, con delirio, con verdadera adoración; si existe la locura del amor maternal, mi madre estuvo completamente loca desde que yo recobré la vista. En mis ojos, (que me quedaron muy imperfectos) no sé lo que ella veía, pero es lo cierto que se consagró en absoluto á mí y no tuvo más afán que hacerme dichosa sin que por su estremado cariño descuidase en lo más leve mi educación; baste decir que cuando cumplí dos años comenzó para ella la penosa tarea de enseñarme á leer, con tal reverencia que á pesar de que yo tiraba á la calle todas las cartillas que podía ó las rompía con el mayor placer, ella siempre tenía sin duda cartillas de repuesto y ni un solo día dejaba de darme lección, consiguiendo en premio de su afán y su desvelo, que á los cinco años leyera correctamente, haciéndome leer en alta voz dos horas diarias, y cuando fuí mayor cuatro, dos por la mañana y dos por la tarde.

Nuestros espíritus se unieron de un modo tan admirable que solo con mirarnos nos adivinábamos el pensamiento, pero á pesar de la gran confianza que me inspiraba la respetaba en tan alto grado que para mí era Dios en persona, reconociéndole tal superioridad moral é intelectual que no encontraba nadie que se le asemejara.

Mi respeto y mi veneración estaba exenta de temor, porque nunca me pegó: así es que yo jamás temblé ante el castigo, no lo conocía, pero la grandeza de su espíritu me asombraba y me dominaba de tal manera que una palabra suya era una orden terminante para mí, á la cual no encontraba apelación, y en prueba de ello, referiré de que modo sabía yo obedecer sus mandatos.

Tendría yo ocho ó nueve años; cuando envidiando unas tiras de raso color de hortensia y unos cuantos palmos de blonda blanca que tenían unas niñas que vivían en el piso segundo de mi casa, los cojí cuando ellas no me vieron y con mi hurto engalané á una de mis muñecas diciéndole á mi madre que me habían regalado aquellas preciosidades. Ella lo creyó y yo me encantaba mirando á mi muñeca, pero como tras de la culpa viene el castigo, mis compañeras se enteraron de mi mala acción y se propusieron castigarme esplotando mi delito.

Ellas eran unas niñas muy pobres y aunque yo no era rica, á proporción de ellas vivía en la opulencia. La mayor comenzó diciéndome: Si tu mamá se entera de lo que has hecho te matará, así es que no le diremos nada si tú de cuantos postres compre tu mamá nos das la mitad.

Como tras dado un mal paso se dan los demás, yo compré el silencio de mis compañeras dándoles todo cuanto me pedían; mi madre al principio no advirtió nada, pero pronto le causó extrañeza ver como desaparecía cuanta fruta compraba. Yo la decía que me la comía, ella se calló, observó mis acciones y vió como yo repartía á hurtadillas lo que ella compraba para el arreglo de la casa; al verlo me dijo:

—¿Porqué te ocultas para hacer un bien? ya sé que esas infelices están en la mayor miseria, que carecen de lo mas necesario; y tú sin duda, compadecida de su mala situación las socorres, pero, ¿no sabes que tu madre debe saberlo todo? lo mismo lo bueno que lo malo. Dios me hizo entrega de tí y yo tengo que saber tus menores pensamientos, cuanto más tus obras.

Al verla tan tranquila perdí el miedo, cojí la muñeca y le conté cuanto había sucedido; mi madre palideció al oír mi relato, y me hizo desnudar mi muñeca, diciéndome con voz muy conmovida.

—Hija mía, los ladrones por regla general mas tarde ó mas temprano mueren en la horca; tú has comenzado por envidiar y desear lo que no era tuyo, caíste en la tentación, y como el criminal, á escondidas arrebataste á sus dueñas los trapos con que has engalanado tu muñeca; has cometido un robo en la casa de otro, y siguiendo la pendiente, luego me has robado á mí comprando con un nuevo delito el silencio de unas niñas tan malas como tú. Si yo no pusiera un severo correctivo á tus primeros pasos en la senda del crimen sería tan criminal como tú, así es que es preciso imponerte un castigo para salvarte quizá de morir en una horca.

Concebiste la idea y tus manos la ejecutaron, pues bien, haciendo desaparecer estas, no volverás á hurtar; tráeme el cuchillo de partir el pan y te salvaré de una muerte ignominiosa.

Aun me parece ver á mi madre, lívida, temblorosa, llevando retratado en su semblante el dolor mas horrible. Yo escuché sus palabras creyendo buenamente que estaba delante de Dios, y sin titubear, creyendo ciegamente que si no me cortaban las manos mi perdición era cosa segura, fuí por el cuchillo que me había pedido, se lo entregué y estendí mis manos sobre la mesa del comedor.

Mi madre al ver mi docilidad dejó caer el cuchillo y me estrechó contra su corazón. Las dos lloramos copiosamente, nuestras lágrimas se confundieron y durante largo rato me retuvo en sus brazos diciéndome al fin con inmensa alegría ¡Ya estás salvada, hija de mi alma! el camino del crimen ya está cerrado para tí.

En otra ocasión, (tendría yo unos diez años) introduje la discordia entre dos familias diciendo mentiras y verdades, que no debían ser repetidas; mi madre se enteró y me dijo:

—Puesto que eres un ente perjudicial en la sociedad, es necesario separarte de

ella; así es, que yo saldré todos los días que tenga necesidad de ello y tú te quedarás en casa ya que no puedes tratar con nadie; y durante muchas tardes salió dejándome encerrada en casa sola con un buen libro; al oscurecer me sentaba en el balcón llorando silenciosamente; cuando ella llegaba me arrojaba en sus brazos diciéndole que no hablaría nunca más, y ella me contestaba: déjame hacer á mí; todo cuanto hago es para que no seas un ser odioso en la sociedad.

Estas palabras hirieron de tal modo mi imaginación, que me convertí en juez de mí misma y puse tal cuidado en todas mis acciones que constantemente le preguntaba: ¿Oyes, mamá, si hago esto ó aquello, seré un ser odioso en la sociedad? Ella se sonreía dulcemente y yo me refugiaba en sus brazos.

Veinticinco años estuvimos juntas en la Tierra, y solo dos veces me habló con severidad. Si cabe aumento en el amor bendito de una madre, yo puedo decir que el de la mía aumentó siempre, porque á cada segundo me daba nuevas pruebas de su inmenso cariño; muchas veces en nuestros largos paseos por el campo me decía con acento conmovido.

—¡Ay Amalia, tengo un miedo!.....

—¿De qué?

—De lo que nos queda que sufrir.

—¿Porqué? ¿qué nos amenaza?

—La ley de la vida, mi muerte ó la tuya, la que se quede en la Tierra. ¡Dios mío!..... ¡Cuánto padecerá!

—¿Y crees tú que podremos vivir la una sin la otra?

—Tú sí, porque eres joven; yo no, porque si vivo es por tí; Dios sabe lo que sufro, nadie más que él! y ciertamente, que solo la energía de su voluntad la sostenía en pié, porque tenía una enfermedad incurable.

Una noche de verano (nunca la olvidaré) nos quedamos las dos solas sentadas á la orilla del Guadalquivir frente á los jardines del palacio de San Telmo, sin poder explicar la causa las dos estábamos muy tristes, la luna nos enviaba sus pálidos destellos y aquel silencio, aquella calma de la naturaleza aumentaba nuestra inexplicable melancolía.

De pronto, mi madre cogió mis manos entre las suyas, y dejando correr silenciosamente copioso llanto, me dijo con la mayor ternura.

—¡Cuán agradecida te estoy hija mía!

—¿Por qué?

—Porque te he debido las horas más felices de mi vida; educada bajo el antiguo sistema del terror, mis padres me inspiraron siempre miedo; mi madre, solo en sus últimos días fué cariñosa conmigo; el compañero que eligió mi corazón ó no le comprendí bien, ó él no me comprendió, lo cierto es que tú no has disfrutado de las caricias de tu padre; y solo tu agradable compañía me ha hecho feliz, y no sé porqué tengo el presentimiento que esta felicidad se me va á concluir y me horroriza pensar lo que te queda que sufrir; ¿qué harás tú sin mí en el mundo? tu falta de vista no me ha dejado perfeccionar tu educación, tú no tienes ni oficio ni carrera, ni hábitos de pobreza, como ves poco, eres torpe para las faenas domésticas ¿qué será de tí? muchas veces (ahora te lo digo para descargar mi conciencia) le he pedido á Dios tu muerte para dejarte colocada en la caja libre de las miserias de la vida, pero Dios no me escucha y veo sobre ti una sombra que me espanta; porque á mí me parece que se acerca mi último momento y por más vueltas que le doy yo no sé como tú vas á vivir; ¿quién te peinará con el cuidado que te peino yo? nadie, mira que esto es terrible; no poder dejarte colocada como yo quisiera.

Al oír sus palabras lloré con ella y no supe qué contestarle, porque en realidad yo tampoco encontraba camino para poder vivir sin la sombra de mi madre. Creía en Dios, pero no en el Dios cuya efigie se veneraba en los altares; admiraba la naturaleza, adoraba las flores, me encantaban las puestas de sol, pero de la Providencia no esperaba nada ni de mí misma tampoco; acostumbrada á vivir bajo la dulce tutela de mi madre, que hasta para cambiarme de vestido le pedía parecer, acobardada por mi poca vista que hasta para cruzar la calle me apoyaba en su brazo, me inspiraba yo misma tan poca confianza, que no pensaba en buscar ningun medio para vivir, confiando buenamente morirme de pena.

Mi madre empeoraba en su dolencia y la pequeña herencia que yo habia tenido de mi padre tambien tocaba á su fin; cuando ella vió que íbamos á vernos reducidas á la mayor miseria, tembló de espanto por mí, y yo, me horroricé por ella; entonces al ver mi impotencia para trabajar, comprendiendo que por mucho que yo hiciera no podria evitarle á mi madre terribles sufrimientos, se operó en mí una estraña transformacion, y dirigiéndome á Dios, como si hablara con un íntimo amigo le dije así:

Nunca te he pedido nada, así es que bien puedes concederme lo que te voy á pedir. Yo quisiera que mi madre no tuviera que morir en un hospital, dame á mí todas las amarguras que quieras, yo sola las resistiré; pero verla á ella tan digna y tan orgullosa en el extremo de la miseria, eso sí que no me encuentro con valor suficiente para resistirlo. Oye bien lo que te pido, sola seré fuerte, con ella... no lo creo.

Parece increíble lo que me sucedió entonces; como aquel que ha sido ciego desde que nació y al recobrar la vista encuentra un mundo nuevo para él, así súbitamente medí el abismo de la miseria que nos esperaba y comprendí que mi pobre madre si vivía mucho tiempo más, seria horriblemente desgraciada porque á pesar de haber sufrido mucho, no habia descendido nunca á la publicidad de la pobreza; habia vivido muriendo, pero dentro de su casa, sin decirle á nadie el motivo de sus penas.

Cuando se dejó caer para no levantarse más le dí gracias á Dios diciéndole: Gracias te doy porque mi madre no morirá negando tu misericordia; tendrá su caja, su nicho, su lápida, en sus últimos momentos se verá rodeada de sus amigas, descansando su cabeza sobre mis brazos, no conocerá el horror del abismo que nos rodea. ¡Bendito! ¡bendito seas! y con ánimo sereno durante catorce dias no me separé de su lado.

Cuatro dias antes de morir me dijo:—Hoy es dia del Corpus, y quiero, ya que estoy mejor, que te peine Juanita; te pones el vestido negro de seda y te vas á ver la procesion; sino vas me darás un gran disgusto.

Comprendiendo su idea, que era verme vestida por última vez con el traje que más le gustaba, y habiéndome advertido el médico que no le negara nada de lo que me pidiera, me arreglé comonella quiso, y cuando me estaba poniendo el velo, sentí pasos, me volví y la ví á ella, pálida, cadavérica, parecia un espectro que habia abandonado la sepultura, pero su lívido semblante estaba iluminado por una sonrisa sobrehumana; se acercó á mí diciéndome con voz apenas perceptible.—Deja, deja que te ponga el velo, que tú no te lo pones bien, y ella me lo puso haciéndome volver repetidas veces la cabeza contemplándome con verdadero éxtasis... ¡cuánto me queria!...

Salí un momento para complacerla, moviéndome como un autómeta, y al volver me hizo sentar junto á su lecho y más de dos horas me estuvo mirando como

el que mira á una imágen, sin decirme una palabra de su próximo fin, ni yo tampoco.

Tres dias estuvo agonizando diciéndome siempre:—No te separes de mí, así, así, las dos juntitas, bien abrazadas, y en mis brazos exhaló su último suspiro.

Cuando me entregaron la llave de la caja, le dije al amigo que cumplió con tan triste encargo: Hé aquí lo último que tenia que recoger en la tierra, ahora me voy á otro planeta, al mundo del dolor.

.

Muchos creyeron que me volvería loca, porque en los primeros dias no pude llorar; durante tres meses perdí la memoria por completo; pintar los primeros momentos de mi soledad es tarea superior á mis fuerzas, lo haré en el próximo capítulo, porque quiero explicar bien lo que yo sentí al entrar en mi nueva vida, en mi mayor edad, no por hablar de mi personalidad, harto insignificante, sino para que sirva de leccion provechosa á las muchísimas jóvenes que se quedan solas en el mundo sin más sombra que la que proyecta su cuerpo.

Quiero pintar con todos sus colores las angustias de una mujer abandonada á sí misma y de qué manera cuando el alma se eleva sobre las miserias humanas, atrae la proteccion, el consejo y el auxilio de esa gran familia que todos tenemos en el espacio y que bien puedo yo decir:

¡Huérfanas de la tierra! no desmayeis, no hay madre que abandone á los que llevó en su seno, porque su amor es eterno. ¿Sabeis porqué no pueden olvidar? ¿sabeis porqué las madres llevan en sí mismas la esencia inapreciable de todos los amores? porque Dios les dice: ¡Amad en mi nombre á vuestros hijos!

Amalia Domingo Soler.

Suscripcion para el Monumento de Fernandez

Suma anterior, 2,291 pesetas 90 céntimos.

De Bonifacio Sans 1 peseta, de José M.^a (espiritista) 1 id., de José Casanovas 1 id. 50 céntimos, de Rafael Ciurano 5 ptas., de Pablo Moragas 15 id., de Rosalía Canne 4 id., de un desconocido 1 id. Total 2,320 pesetas 40 céntimos.

Al espiritista que prestó 500 pesetas se le deben aun 203 pesetas 50 céntimos. Suplicamos á todos aquellos que amen y respeten la memoria de Fernandez, que hagan entre muchos un pequeño esfuerzo para pagar lo que debemos á nuestro hermano en creencias.

La escuela á que pertenecemos nos obliga á pagar deudas sagradas, y la de nuestro hermano es una de ellas.

DINERO DE LOS POBRES

Para las ancianas de Andújar hemos recibido las cantidades siguientes:

De Rosalía Canne 4 pesetas, del Centro Espiritista *El Buen deseo* 4 id., de Bernardo Alarcon 1 id., de Carré 1 id. de Eduardo Pujol 2 id., de Tomás Masgrao,

2 id., de Martín Palmada 2 id., de Ana Estopa 5 id., de X. 3 id., de José Amigó, 7 id., de Ricardo Castro 5 id., de Trinidad 50 céntimos de Victorina 5 pesetas de Joaquina Ferrer 5 id., de una criada 5 id., de Pablo Moragas 10 id., de un espiritista 1 id. 50 céntimos., de Almonacid de la Sierra 12 ptas. del Centro Espiritista de Tarrasa 31 id. 50 céntos., de una señora 1 id., de Feliciano Sanz 1 id. 50 céntos. del Centro Espiritista de San Sadurní de Noya 3 id. de Rafael Ciurano 7 id. 25 céntimos de un desconocido 1 id., de Nicolasa Rivera id., de Francisco Sales, 2 id. total 123 pesetas 25 céntimos.

Para los demás pobres han enviado las cantidades que insertamos á continuación.

De Bonifacio Sanz 1 peseta, de Magdalena 2 id. de Francisca 2 id. 50 céntos., de Pedro 23 ptas., de Amigó 5 id., de Ricardo de Castro 10 id. de Ramona 1 id., de Carlos 4 id., de un militar 10 id., de Almonacid de la Sierra 1 id. 65 céntos. de Gonzalez 2 id.; de Romero 1 id. de un herbolario 2 id. de una señora 2 id. de Muñoz 50 céntos. de Rosa 1 id. de Elisa 46 id. de Constanza 2 id. de Ana 1 id. de una persona *incógnita* 125 id.: Total 239 pesetas 65 céntimos que hemos repartido del modo siguiente:

A la viuda de un suicida 27 pesetas 50 céntos. á una familia vergonzante en la mayor miseria 34 id. á una obrera sin trabajo 5 id. á una anciana de 94 años 30 pesetas 15 céntos. á una familia espiritista 30 pesetas, á una pobre vergonzante 6 id. á una anciana 2 id. á una obrera 3 id. á un obrero 6 id. á una viuda 9 id.. Total 152 pesetas 65 céntimos. Quedan en la caja de los pobres 87 pesetas

UNICO PUERTO.

IMITACION DE J. C. ZENEA:

¡Señor! ¡Señor! El peregrino errante
Cansado y triste al declinar el día
La sombra busca del hogar distante
Perdida allá á lo lejos, vacilante,
Entre las brumas de la tarde fría.

Y yo, Señor, de penas abrumada
En el campo de abrojos de la vida,
No contemplo en mitad de mi jornada,
Ni una roca desierta y escarpada
Donde posar mi frente dolorida.

Alienta al navegante la esperanza
Cuando el ábrego azota su barquilla,
Mirando allá flotar en lontananza,
Cual espléndido puerto de bonanza,
Entre las olas la anhelada orilla.

Y yo perdida en la borrasca fiera
Del negro mar de mi dolor, no atino
A ver en el mañana que me espera,
A qué playa remota ó extranjera
Náufraga al fin, me arrojará el destino.

Tengo Señor, el alma desolada, ...!
No me quieras culpar porque en mi duelo
Otra tierra te pida, otra morada,
Mundo de promisión do fatigada
Halle reposo y á mi afán consuelo.

Que huérfana doliente y abatida
Cruzando voy un páramo desierto,
Dejando entre las zarzas de la vida,
De lo terreno la ilusión mentida
Y es Dios, de mi esperanza, único puerto!

FRANCISCA HERNANDEZ DE ZAMORA